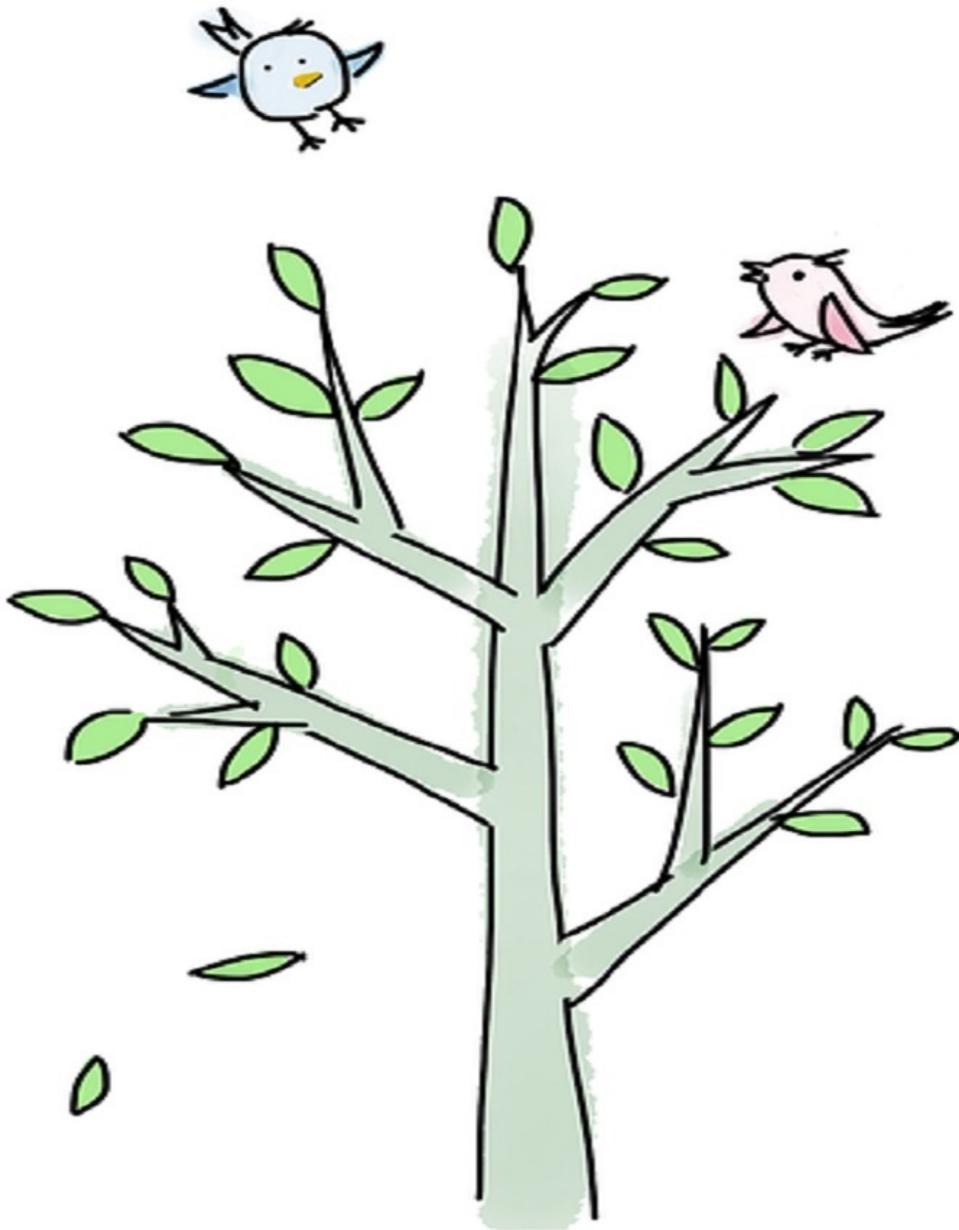


Las respuestas del tiempo

A Julia

LAS RESPUESTAS DEL TIEMPO



Capítulo 1

CAPÍTULO I

EL PRETEXTO

El problema eran ellos. "Sí, quien los entienda que los compre " nos decíamos entre risas en la cafetería de Arnulfsplatz.

Mi mejor amiga, Laura, lo sabía todo de mi. Entendía mis gestos y mis silencios. Habíamos sido amigas desde el primer año de Universidad. Estábamos convencidas que nuestros caminos se habían juntado con un propósito: tratar de comprender esas enigmáticas criaturas. Sí, los hombres.

¿Y si la respuesta era no intentarlo más, dejarlo todo como estaba? Pasábamos los días; intentando no desesperar, luchando por mantener en orden nuestros pensamientos y a raya los sentimientos.

Con un café delante, todo parecía más sencillo,... ¿ a quién queríamos engañar?.

Ambas sabíamos que un par de chistes más tarde volveríamos a torturarnos con las preguntas de siempre: "¿Qué hay que hacer... Ir a por ellos o esperar que vengan?" "¿Qué es lo que hacemos mal?" "No nos merecemos acaso nosotras" Levanté la vista y vi la tristeza de una niña que ya no consigue ver las cosas como son. La vida nos había dado más de una bofetada de realidad en los últimos meses.

Un sorbo de café más tarde, le di un beso en la frente. Eso nunca está de más. Laura era el tipo de chica que se acababa engancho a cualquier chico que mostraba un cierto interés por ella. Y, la verdad que no la culpo, al fin y al cabo, todos queremos ser amados. Yo en cambio, era de las que intentaba fingir que no sentía nada con el mero propósito de no sentir. Sentir era sufrir.

De vuelta a casa, volvimos a nombrar todos los innombrables: Bernat, Costy, Fawaz, Simón... Todos y cada uno de ellos habían sido callejones sin salida. Era así. Habitábamos en un laberinto. **Caos, sentimientos rotos y preguntas sin respuesta.**

Nos intentábamos mantener ocupadas: clases de aerobico, voluntariado, noches de chicas, tardes en la biblioteca... Pero era inútil. Después de todo, ¿cómo escapamos de algo que está dentro de ti?

La única solución era sacarlo.

Erradicarlo.

Extirparlo.

Hacerlo añicos.

Y fue con este pretexto por el que empecé a escribir. Necesitaba expulsar sentimientos, plantarme frente al rompecabezas y estudiar el enemigo con determinación.

Capítulo 2

CAPÍTULO II

ÉRASE UNA VEZ...

Empezaré por el principio. Al fin y al cabo, dicen que somos el resultado de nuestras experiencias ,¿no?

Mi rompecabezas con los hombres, tuvo un comienzo de lo más corriente: un amor adolescente. Una tarde de mayo, me vi envuelta en un romance con mi mejor amigo, David. Esa relación duró dos maravillosos años. Pero como todos los cuentos tenía fecha de caducidad. O mejor dicho, nombre. En mi caso, ese nombre fue Belén.

Así, tras estar a tres metros sobre el cielo, me vi a 50 bajo tierra. “¿Me es-estás pidiendo un t-tiempo?” le pregunté incrédula con un hilo de voz. Los ojos se me hicieron agua en cuestión de segundos. Las piernas me temblaban y yo sólo quería echar a correr. Irme lejos. Desaparecer un rato. Despertar de esta pesadilla.

Nueve noches sin dormir más tarde quedé con él. Le miré a los ojos y le rebatí “El amor no se piensa. O se siente o no se siente”. Y así, con 19 años, dos tallas menos y unas ojeras de escándalo, acabó mi primera gran historia de amor.

Borré todas las conversaciones.

Hice añicos las fotos.

Escondí los regalos en el sótano, en un intento desesperado de olvidarle.

Y claro, cómo no... seguí el clásico proceso femenino post-roptura: mejores amigas, pelis románticas y chocolate en cantidades industriales.

¿Mi corazón? “Cerrado por demolición” Al menos, hasta nuevo aviso.

Por aquel entonces, Laura salía con un amigo mío: Jose. Era alto, moreno, con un cuerpo de infarto, y 6 años más que nosotras. Además, tenía un bonito Audi azul. ¿Un buen partido? Sí. Sin embargo, el coche no acababa de arrancar. Estuvieron saliendo tres semanas hasta darse cuenta. Faltaba química, el ingrediente básico de todo relación. Era como comer una pizza sin tomate ni queso. En fin, sin sentido y una auténtica grosería.

Entre clases le comentaba que las relaciones de pareja podrían venir con

una lista de la compra incorporada: una cena romántica por semana
tres kilos de paciencia,
besayunos,
una caja de caricias,
una pizca de comprensión.

Comprar, amasar con determinación y cocer a fuego lento.”

Y así, entre bromas, Laura seguía esperando un amor a fuego lento. Y yo, yo no esperaba nada del amor. Bueno, quizás una indemnización por todas aquellas noches en vela no habría estado de más.

En definitiva, **todas sufrimos. Algunas porque no nos pasa nada y otras porque nos pasa demasiado.**

Capítulo 3

CAPÍTULO III

BUSCAR Y NO ENCONTRAR

¿Cómo distinguir los hombres que te arrancan el sujetador de los que te desgarran hasta el alma? Ese fue nuestro primer dilema.

Al chico cicatriz le siguió el chico tiritita: un fisioterapeuta de nombre Guiem. Nos habíamos conocido hace un par de años. "Un fisioterapeuta eh??" me preguntó Laura con sonrisa pícaro... "Dicen que saben usar las manos" continuó. ¿Podrían sus manos milagrosas curar más que un tendón inflamado? Valía la pena intentarlo. Era atento, comprensivo, y un largo etcetera de adjetivos venturosos.

No tarde más de dos citas en darme cuenta que más que una tiritita necesitaría una grúa para poner orden al caos que había dejado David. Así, generosa como yo sola, dejé al hombre tiritita y a sus majestuosas manos libres para alguien que supiera apreciarlas.

Y como quién colecciona monedas, yo empecé a coleccionar primeras citas. Demasiado dulce. Demasiado pasota. Demasiado creído. Sí, Demasiados con "D" de derrota.

"El mercado está muy mal" parecía ser la frase de moda entre mis amigas solteras. Los sábados por la noche, nos reuníamos todas en el bar de la esquina y brindábamos. "Quién no apoya, no folla" decíamos antes de tomar el último trago. Y reíamos, cómo si eso fuera a traernos algo de suerte.

Buscar y no encontrar. Era agotador. Pero por fin, Manu parecía ser una apuesta acertada. Era cálido, seguro y su aire a Johnny Dean me volvía estúpida en cuestión de minutos. Así, una tranquila noche de agosto salimos a dar un paseo. Me llevó a una pequeña cala. Por mi sorpresa, el chico con fama de mujeriego resultó ser un trozo de pan. Bajo la mirada atenta de las estrellas me pidió educadamente un beso. Cerré los ojos y me acerqué lentamente a él, pero en cuanto rocé sus labios, lo supe. Los besos no se piden. Los besos se roban y punto. No había nada que hacer. ¡Yo quería emociones fuertes! *¿Acaso no es lo que queremos todas?*

De vuelta a casa, en el coche, al estilo Kurt Cobain, subí el volumen de la música para no escucharme. ¿Habría algún otro amor reservado para mí? ¿Tenía razón mi madre al decir que "Todo llegaría"? Lo empezaba a dudar. Quizás sólo se ama una vez. Y así, mirando un punto en blanco, me dedicaba a torturarme, a viajar al pasado. No quería cambiarlo, sólo

sentirlo.

Había pasado casi un año y le echaba de menos. A él y a mí.

Sí, a mí.

Sobre todo a mí.

Yo solía sonreír sin motivo aparente, no podía estar quieta mucho tiempo y me brillaban los ojos con pequeñas cosas. Sabía que si me quedaba sentada sin hacer nada, no conseguiría pasar página. Era impulsiva. Pero ahora apenas me aguantaba de pie.

Dos canciones más tarde, Laura me llamó. Por aquel entonces, ella aún estaba convencida de que existían los príncipes azules. La pregunta era ¿dónde? Cada fin de semana elegía un lugar distinto. El menú de aquella tarde era Mcflurry de Oreo en el segundo banco empezando por la izquierda. "Es un sitio clave" afirmó asintiendo con la cabeza. Desde ahí podíamos ver desfilar a toda clase de hombres por las Ramblas: casados, jóvenes universitarios, o niños en plena pubertad. ¿Andaría cerca el nuestro?

Esa tarde volvimos a casa caminando; yo hablándome de él mientras Laura diseñaba el próximo plan. Su obstinación en dar con el hombre adecuado era fascinante. Al fin y al cabo, vivir sin ilusión, no es vivir.

Así, la semana siguiente me citó en el aula S103. Me senté frente al ordenador y la esperé. Leí mi horóscopo sin mucho entusiasmo. "Leo: un ser complementario aparece en su vida, puede ser un compañero de trabajo, un nuevo amor o una amistad, con quien se entenderá completamente"

"Con que aparezca Laura me basta" pensé mirando el reloj. Llegaba tarde y yo odiaba esperar. Esperar que abrieran la panadería, que saliera una nota de un examen, que el café se hiciera por las mañanas o un inesperado beso bajo la lluvia- o simplemente que llegara mi amiga.
Esperar te consume. - Maldita Laura. ¿Dónde se ha metido?

Y no me dio tiempo a maldecir nada más que apareció por la puerta con una Coca Cola light y unas golosinas. "tengo la solución" me dijo con aire satisfecho. Y era cierto. Nuestra soledad no era más que una invitación a renacer y había llegado el momento.

El cómo estaba sólo un a un par de clicks de distancia. Badoo era una red social para conocer gente nueva, hacer nuevos amigos, chatear e incluso conseguir una cita. Tomé un sorbo de Coca Cola y miré a Laura. Me detuve en sus manos que intrépidas elegían el que sería su próximo

pillaje.

Zona: centro y alrededores.

Estudios: Universitarios.

Hijos: No, gracias. Edad: entre 20 y 35.

“¿Quééééé? ¿35 años? ¡Estás loca!” Exclamé incrédula, mientras ella me explicaba que la edad no es más que un número. “Además, la ex-pe-rien-cia el conocimiento y la sensatez que te puede aportar un hombre en la treintena es muuuy apetitoso” me dijo poniendo los ojos en blanco.